

# **LA DIVERSIDAD COMO ESTRATEGIA SOCIOPOLÍTICA DE DIFERENCIACIÓN**

Estudio sobre la función del miedo en la relación con  
los "diferentes"

**Miriam Prieto Egido**

Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Educación, Madrid, España

## Resumen

Frente a la tradicional negación de la diversidad y rechazo de las diferencias, la sociedad actual se caracteriza por su exaltación. Este trabajo pretende reflexionar acerca de los efectos de la diferencia en el imaginario social. En concreto se analiza la relación entre la diferencia, el miedo y la relación con los otros en el espacio público. Centrar la atención en lo que diferencia a los individuos lleva a que los otros aparezcan como extraños que despiertan miedo. Éstos se configuran social y políticamente como una amenaza, articulándose frente a ella estrategias de control que conducen a su estigmatización.

## Palabras clave

*Miedo; diferencia; espacio público; amenaza; estigma*

## Abstract

Diversity and differences have always been refused. However, in the last few years, differences have been enhanced. It is necessary to examine the effects that difference produce in the social imaginary. The connection between difference, fear and relationships that are established with others in the public field is specifically examined. Paying attention to differences between people leads to a situation in which other people appear as strangers who make fear arise. Those strangers appear as a social and political threat, and control strategies that lead to stigmatization of those who carry them are configured.

## Key words

*Fear; difference; public field; threat; stigma.*

## 1. Introducción

En las últimas décadas hemos asistido a la transición desde la homogeneidad hacia la diversidad: la atención a la diversidad y el respeto a las diferencias constituyen hoy un principio básico de nuestra sociedad. Así queda reflejado en los discursos y las acciones que se emprenden en relación al género, la interculturalidad o las personas con discapacidad. Y es que la diferencia y la diversidad se han convertido en bandera de toda acción social, política y educativa.

Este giro es consecuencia de diferentes acontecimientos y cambios que nuestra sociedad ha experimentado en los últimos años: la llegada de personas procedentes de diversas culturas, la incorporación de las mujeres al ámbito laboral y, por tanto, público; los logros sociales alcanzados por diversos colectivos (personas con discapacidad, homosexuales, mujeres, etc.) que tienen como consecuencia un aumento de su reconocimiento y por tanto de su presencia en el ámbito público, etc. Estos cambios, se afirma, han hecho de nuestra sociedad una sociedad plural y diversa.

Tras toda una Historia en la que la diferencia (de género, de raza, social, económica, cultural, de capacidad) ha sido motivo de exclusión, rechazo, subestimación, persecución, dominación e incluso exterminio, tanto interés e incluso exaltación repentinos de la diferencia resultan, cuanto menos, llamativos (y se podría decir sospechosos). ¿Por qué tanto interés en resaltar lo que nos diferencia? ¿Acaso no hay lugares comunes, aspectos compartidos entre esas personas que se denominan diferentes? Es más, ¿acaso la diferencia no existía antes de que la sociedad se tornara multicultural o multifuncional? ¿Acaso las diferencias no han existido siempre, incluso entre individuos de la misma cultura, la misma clase social, el mismo género, la misma capacidad? ¿No será la exaltación de la diferencia una forma de continuar la diferenciación y la categorización de las personas, el extrañamiento de los otros?

*Se ha pasado del tradicional menosprecio por la diferencia, en tanto que accidente superficial de una identidad común e incuestionable, a una veneración de la diferencia en tanto que única fuente de identidad, pero manteniendo, más allá del*

*aparente cambio radical, la misma incapacidad de asumir la mezcla de unidad y diversidad que nos constituye. O, si se prefiere, se ha pasado del miedo a la diferencia al miedo a lo común<sup>1</sup>.*

Las distintas respuestas que a lo largo de la historia se han dado a la consideración de la diferencia han sido en su mayoría intentos de eludir, amenizar o alejar el miedo que la propia vulnerabilidad y, por tanto, su reflejo en el otro, despierta en el ser humano.

## 2. Objetivos

El objetivo de este trabajo es reflexionar acerca de los efectos sociales que conlleva la categoría "diferencia": analizar la relación entre ésta, el miedo y la relación con los otros; describir las estrategias que la sociedad pone en funcionamiento cuando estos tres elementos, diferencia, miedo y otros, trascienden al espacio público. Entre ellas, este estudio se centra en aquéllas estrategias que esconden un intento de evasión y huida de los miedos que los otros despiertan a través de la focalización en las diferencias, y que se traducen en intentos de control tanto de éstas como de sus portadores.

No se trata, por tanto, de negar la existencia de diferencias o la importancia de su reconocimiento, como tampoco afirmar la imposibilidad de la relación con sus portadores. Se trata de llamar la atención sobre los "daños colaterales", sobre las consecuencias negativas que un exceso de reconocimiento de la diferencia, aislada de los aspectos que los individuos tienen en común, genera en el imaginario de los ciudadanos en relación a los que identifican como "diferentes". Para ello se propone reflexionar acerca de la relación que el ser humano establece con lo desconocido, y con el miedo que éste genera. Una vez analizada esta relación, se pretende indagar en las estrategias que el ser humano emplea para enfrentar o huir del miedo, y cómo estas estrategias afectan a los que se conciben como diferentes.

---

<sup>1</sup> Saborit, 2006, p. 34

### 3. Metodología

Este trabajo se centra en el análisis teórico y la reflexión crítica del proceso de construcción de lo que se ha configurado como la "sociedad del miedo"<sup>2</sup>. Este trabajo se enmarca en las líneas de investigación de autores como M. Nussbaum, quien analiza el papel que juegan las emociones en el espacio público y quien, junto con A. Margalit, pone en acento en lo asimétrico, la vulnerabilidad, la dependencia o la fragilidad del ser humano; A. Brossat, en relación a la progresiva inmunización de la sociedad; F. Furedi, entregado a la influencia del miedo y el rechazo del riesgo en las sociedades actuales; B. Waldenfels y Z. Bauman, quienes trabajan la relación que el ser humano establece con los extraños y la ambivalencia que suscitan.

#### 1. El lugar de las emociones en la vida del hombre

*Ciertamente, las pasiones influyen tanto como los gobiernos en el destino de la vida y, sin embargo, sobre los sentimientos que hemos experimentado sólo discutimos en el silencio de nuestra soledad, con nuestra propia razón. Me parece que no deberíamos considerar más elevado hablar filosóficamente de las ventajas o inconvenientes de las repúblicas y monarquías, que analizar con exactitud la ambición, el amor, o cualquier otra pasión que haya influido en nuestra existencia.<sup>3</sup>*

Antes de abordar la presencia del miedo en la vida y la experiencia humanas, se hace necesario enmarcarlo en el contexto más amplio de las emociones, dado que el papel que las emociones desempeñan en la vida del hombre, así como el reconocimiento que estamos dispuestos a otorgarles, es un tema aun no resuelto. En su tradicional oposición a la razón, capacidad característica del ser humano que le permite diferenciarse del resto de animales, los sentimientos han sido no sólo

---

<sup>2</sup> Furedi, 1998.

<sup>3</sup> Staël, 2007, p. 39.

relegados a un segundo plano, sino rechazados como lastre de la racionalidad. En este sentido la sociedad occidental es todavía hoy heredera del pensamiento filosófico racionalista, desde el que las emociones se conciben como un estorbo para el buen juicio.

En las últimas décadas, sin embargo, algunos autores han comenzado a llamar la atención sobre este aspecto, profundamente humano y diferenciador, aunque olvidado. Algunos de estos trabajos se centran en rescatar el lugar relevante que las emociones han ocupado desde siempre en la vida del hombre. A esto se refiere J. Seoane cuando escribe: "Estoy convencido de que nuestra modernidad se compuso indistintamente (lo cual no es decir a partes iguales) de razón y sentimientos"<sup>4</sup>. Estos trabajos se centran también en la tarea de reconstruir la tradicional pero equívoca oposición entre la parte racional del hombre, y la irracional, en la cual se han localizado durante siglos los sentimientos.

El hombre, al contrario de lo que las tendencias racionalistas de los últimos siglos nos han hecho pensar, no es el ser que explica el mundo de forma analítica y objetiva, sino el que lo interpreta y valora, el que los subjetiva. Interpretaciones y valoraciones que se construyen sobre lo que nos suscita temor, alegría, dolor o bienestar; sobre lo que, en definitiva, nos hace sentir<sup>5</sup>. Frente a la razón, las emociones "inspiran movimiento"<sup>6</sup>: suscitan en el ser humano el deseo de moverse, de actuar, de salir de sí mismo para relacionarse con el mundo y con los otros. Su mentalidad, su forma de encararse, comprenderse y actuar en el mundo está determinada por la vida emocional<sup>7</sup>, puesto que esta última suscita los deseos, las creencias, las preferencias, etc.

Las emociones conciernen a aspectos de la vida y de la propia humanidad que no pueden ser percibidos ni abordados desde una mirada lógica. El aparato emocional versa sobre la complejidad humana, sobre la incertidumbre, la paradoja y la tragedia

---

<sup>4</sup> Seoane, 2004, p. 4

<sup>5</sup> Darder y Bach, 2006, p. 65

<sup>6</sup> Seoane, 2004, p. 40

<sup>7</sup> Bernstein, 2006, p. 39

que caracterizan toda vida humana; capta y entrelaza matices que resultan incomprensibles a la razón y ante los que esta última sólo puede dar respuestas insuficientes.

Esta presencia decisiva de las emociones en la vida humana resulta sencilla de reconocer cuando se trata del espacio íntimo de las relaciones personales. Sin embargo, en aspectos relativos a la organización social, la vida política y el espacio público, surge nuevamente la ilusión racionalista. Pero ambas, razón y emoción, son características definitorias del ser humano, y, como tales, se encuentran presentes en todas las relaciones humanas, también en las económicas, jurídicas, y sociales o políticas. Aspectos como la confianza o la desconfianza, la seguridad y la incertidumbre, desempeñan una función clave en la construcción y mantenimiento de la sociedad. La vida colectiva supone la racionalización de aspectos no racionales, de los que emerge y se alimenta constantemente, tales como la confianza. "Si imaginamos nuestra experiencia sin las percepciones emotivas de los valores [...] el aparato de la razón, válido en sí mismo, es una rueda dentada que gira inútilmente sin motor"<sup>8</sup>.

## 2. La experiencia del miedo

*El miedo es el verdadero adversario de la vida. Sólo el miedo la puede vencer. Es un contendiente perspicaz y traicionero. No respeta ninguna ley, ningún principio. Te ataca al punto más débil, que siempre reconoce con una facilidad infalible. Empieza siempre con la mente. Estas tranquilo y feliz y al poco rato el miedo, ataviado con la vestimenta de duda afable, se cuela en tu cabeza como un espía. La duda se encara con la incredulidad y la incredulidad trata de expulsarla, sin embargo esta es un mero soldado de infantería desprovisto de armas, la duda lo elimina en un santiamén. Te inquietas.*

*La razón viene a luchar por ti, te tranquilizas. La razón está equipada con armas de última tecnología, no obstante, a pesar de un número de victorias aplastante, la razón se queda fuera de combate. Te sientes debilitar, flaquear. La inquietud se*

---

<sup>8</sup> Mongardini, 2007, p. 104

*torna terror y te ves tomando decisiones precipitadas de forma atropellada a la par que te despidas de tus últimos aliados, la Fé y la Esperanza. Y ya está, tú mismo te has derrotado. El miedo, que al fin y al cabo es una impresión, ha triunfado sobre ti.*<sup>9</sup>

El miedo es una sensación que experimentan todos los animales, y por tanto también el ser humano, ante una situación de amenaza o peligro y que genera respuestas de huida o agresión. Pero el hombre experimenta, además, un sentimiento adicional derivado de su capacidad de ser consciente de sí mismo, de su propia existencia, del mundo que le rodea, de su propia finitud, su "inacabamiento"<sup>10</sup> y su susceptibilidad al peligro. Desde el primer e inmanente miedo a la muerte, pasando por el miedo a experimentar daño físico o emocional y sufrir dolor, hasta el miedo a perder la situación social adquirida, el abanico de situaciones que pueden suponer una amenaza y generar sensación de inseguridad y "vulnerabilidad"<sup>11</sup> son innumerables.

Son varias las clasificaciones sobre la tipología de los miedos que el ser humano puede experimentar<sup>[1]</sup>. A efectos de este trabajo, sin embargo, se propone su clasificación según los sujetos que participan: individuales y relacionales, divididos estos segundos según la relación se establezca con sujetos cercanos o lejanos.

Los miedos individuales<sup>[2]</sup> son todos aquellos temores y angustias existenciales que asedian la vida humana, siendo el primero de ellos el miedo a la muerte, al fin, al "ya nunca más".

*El miedo original, el miedo a la muerte, es un temor innato y endémico que todos los seres humanos compartimos [...]. Sólo nosotros conocemos la inexorabilidad de la muerte y nos enfrentamos, por tanto, a la imponente tarea de sobrevivir a la*

---

<sup>9</sup> Yann, 2004, p. 212

<sup>10</sup> Barrio, 1995, pp. 77-103

<sup>11</sup> Nussbaum, 2006, p. 19

*adquisición de tal conciencia, es decir, a la tarea de vivir con (y pese a) la constancia de que tememos el carácter ineludible de la muerte<sup>12</sup>.*

Más aún si se trata de una muerte lenta y dolorosa, de lo que se deriva el segundo miedo, el miedo a experimentar dolor o sufrimiento, sea este físico o emocional: miedo a padecer una enfermedad, miedo a perder las facultades, miedo a que el cuerpo se deteriore o a que alguna parte de él deje de funcionar. Pero, además de estos miedos referidos a un "perder la vida", el ser humano experimenta también temores relativos a "vivir la vida". Una vida que se presenta de forma impositiva, sin preguntar, y, además, inacabada; una historia de la que se ha escrito sólo el comienzo y que impone ser inventada hasta su desenlace. A este temor se refiere Sartre cuando afirma:

*Estamos solos, sin excusas. Es lo que expresaré al decir que el hombre está condenado a ser libre. Condenado, porque no se ha creado a sí mismo y, sin embargo, por otro lado, libre, porque una vez arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace<sup>13</sup>..*

De la libertad y la consecuente responsabilidad de los actos humanos se derivan las angustias que tienen relación con la elección y la toma de decisiones: la necesidad constante de elegir, siempre y en todo momento, sin poder saber de antemano si las elecciones realizadas son las más adecuadas; la imposibilidad de anteceder todas las consecuencias que nuestras elecciones pueden acarrear, etc. Del límite entre el perder la vida y el vivirla, entre la muerte, la finitud inherente al ser humano, y la libertad, emerge la libertad finita, la capacidad de elección, decisión y acción concreta, más allá de la cual se sitúa lo desconocido. Y junto con lo desconocido emerge el miedo a lo que no se puede elegir, a lo que puede suceder sin preverlo, o aún pudiendo no se puede evitar que suceda; a lo que se ha de vivir sin haberlo elegido, a lo que se sitúa fuera de la capacidad de explicación, comprensión o acción, a lo que el ser humano no puede abarcar. En lo desconocido se enmarcan un sin fin de fuerzas que superan las capacidades del hombre: una enfermedad, un accidente, un desastre natural<sup>[3]</sup>, etc. y que hacen competencia y amenazan el orden conocido y establecido.

---

<sup>12</sup> Bauman, 2007, p. 46

<sup>13</sup>Citado en Gómez, 2002, p. 143

De la mano de lo desconocido, o más bien en su seno, aparece la relación con los otros. La relación que el hombre establece con los otros (entendidos éstos como cercanos, conocidos, seres queridos) está marcada por la paradoja. Por un lado, se caracteriza por la "dependencia"<sup>14</sup>: el ser humano es un ser social que necesita de los otros, por lo que tiende a entrecruzar su vida con las vidas de otros seres humanos. Desde la adquisición del lenguaje, hasta la experiencia de la amistad o el amor, cualquiera de las cualidades que definen y diferencian al ser humano se gestan en relación a o con otros; la presencia de los otros, definirnos en relación a ellos, nos constituye.

Por otro lado, con cada persona con la que se establece una relación se comparte un fragmento del mundo, que deja de ser propio para ser de ambos. Este fragmento compartido supone la apertura y la exposición permanente a lo ajeno, lo "inaccesible y no perteneciente a mí"<sup>15</sup>: un espacio propio que no depende ya sólo de uno, constituye un mundo compartido. Y esta entrega, este coto propio cedido al otro y en el que, como consecuencia, no se posee el control, hace de los sujetos, una vez más, vulnerables. Vulnerables en el vivir con, pero también en el vivir sin. Cuando una persona desaparece, se lleva con ella ese fragmento de nuestro mundo. Esta posibilidad de perder una parte del mundo, este no sólo posible, sino que puede que también inesperado, fin, hace que en el fondo de las relaciones que el ser humano establece, y con más intensidad cuanto más cercana o personal es la relación, anide un poso de temor a la pérdida de la otra persona (debido a su muerte, o sencillamente su abandono o su marcha). Un poso que habitualmente se encuentra en el fondo, pero que aflora en momentos de debilidad, en los que la presencia del otro recuerda la amenaza de la vulnerabilidad, ante la que los individuos se sienten desprotegidos, entregados.

Hasta ahora se ha hablado de unos otros conocidos, cercanos (familiares, amigos, parejas, etc), de esas segundas personas en relación a uno mismo. Pero, ¿Qué sucede a un individuo ante esos otros anónimos, semejantes físicamente pero desconocidos,

---

<sup>14</sup> MacIntyre, 2001, pp. 15-24

<sup>15</sup> Waldenfels, 1992, p. 2

extraños *cotidianos*<sup>16</sup>, esas terceras personas con las que cada sujeto se cruza diariamente (tal vez en la calle, o en el metro), o, peor aún, esos extraños *estructurales*<sup>17</sup>, seres a los que no se ha visto nunca, individuos que se sitúan fuera de la sociedad? No son "de los nuestros", no forman parte del círculo de relaciones. Puesto que no son conocidos, pertenecen al ámbito de lo desconocido: su presencia, lejos de infundir seguridad o confianza, hace experimentar la amenaza vaga y difusa de lo incontrolable, lo inmanejable<sup>18</sup>. Y, sin embargo, en una sociedad democrática, en un mundo globalizado, en un planeta de recursos limitados, la vida de los individuos que conforman la sociedad puede verse influenciada o afectada por las suyas de un sin fin de maneras. La exposición a lo ajeno, a los ajenos, se hace más patente en la relación social, en muchos casos indirecta, con los desconocidos.

En principio, cabe pensar que tanto los miedos individuales como los que afectan a las relaciones personales que establecen los individuos conciernen a su espacio privado, incluso íntimo. El miedo a los otros en cuanto seres sociales o políticos, por el contrario, se enmarca en el espacio público de las relaciones sociales. Sin embargo, en la práctica esta distinción no es tan nítida. La búsqueda de la estabilidad personal se realiza también a través del espacio público; así, por ejemplo, las decisiones de los ciudadanos en relación al empleo, el modelo económico, el voto, o las relaciones sociales se amparan en muchos casos, no tanto en una idea del bien común, como en la búsqueda individual de la estabilidad y prosperidad. También en las relaciones con otros ciudadanos se canalizan miedos no resueltos en las relaciones personales. La llamada "opinión pública"<sup>[4]</sup>, que en los últimos años ha adquirido un gran protagonismo en las sociedades y los medios, no es más que una construcción social derivada de las opiniones privadas y, por tanto, también de los miedos individuales, de los ciudadanos.

Por otro lado, las instituciones sociales se dirigen a y alimentan de los miedos individuales; a lo largo de toda la Historia, hasta la actualidad, instituciones como la Iglesia o el Estado se han alimentado de la sensación de vulnerabilidad y fragilidad de

---

<sup>16</sup> Íbid, p. 155

<sup>17</sup> Waldenfels, 1995, p. 155

<sup>18</sup> Bauman, 2007, p. 93

los individuos o ciudadanos ante lo desconocido, a los que han ofrecido un coto de seguridad a través del establecimiento de las pautas de comportamiento necesarias para alcanzarlo. El mercado hoy se ampara también en estos miedos, ofreciendo a los consumidores el aumento de seguridad, bienestar y éxito social a través de la compra de cuantos productos ofrece.

Así, en la actualidad, el espacio público se encuentra impregnado de miedo. Más aún cuando los medios de comunicación no sólo difunden, sino que multiplican, la sensación colectiva de peligro y, por tanto, de miedo<sup>19</sup>. Las noticias e imágenes sobre crisis, atentados, desastres, catástrofes y asesinatos protagonizan las pantallas, activando de forma inmediata la alarma social, la percepción de peligro y, como consecuencia, la sensación de miedo.

### **3. El manejo del miedo: estrategias colectivas de evasión**

En la esencia del ser humano se encuentra la capacidad de manipular la vida, de determinarla (siempre en cierta medida y nunca de manera definitiva). Así, tan innumerables como los miedos, son las estrategias que el ser humano puede (o trata de) inventar para ahuyentar los peligros, mantener la amenaza del sufrimiento alejada y crear un ambiente seguro y estable que posibilite la continuidad.

El primero de estos mecanismos es precisamente el que se ha denominado la característica definitoria del ser humano, la racionalidad. La realidad resulta demasiado compleja e interrelacionada para la capacidad inteligible del ser humano; de esta complejidad se derivan los miedos relativos a la falta de dominio. La racionalidad permite al hombre su simplificación y reducción, su apropiación a través de la construcción de una representación coherente y comprensible de la realidad, de forma que ésta se hace abarcable<sup>20</sup>. Así, el mundo moderno comienza con la apropiación del mundo por el hombre y el triunfo de la Razón como principal aliada en la conquista de la realidad. Sin embargo, pese a las esperanzas depositadas en ella, la razón ha demostrado no ser suficiente, no sólo para explicar el mundo sino también para

---

<sup>19</sup> Gil, 2003, p. 35

<sup>20</sup> Mongardini, 2007, p. 81

explicarnos al ser humano en él. No sólo eso. Al tiempo que le ha permitido conocer y controlar algunos miedos (los avances de la ciencia en relación a enfermedades, como por ejemplo el sida), así como hacer del mundo un lugar cómodo y previsible (gracias a la tecnología que nos permite recorrer grandes distancias en poco tiempo, delegar tareas poco satisfactorias en instrumentos tecnológicos, etc.), la capacidad racional ha sido también fuente generadora de nuevos miedos (las armas de destrucción masiva constituyen un ejemplo clarificador).

La cultura (entendida como el conjunto de creencias, significados, costumbres y tradiciones compartidas por una sociedad), por el contrario, sí resultó ser un atisbo de ayuda en el intento de limitar el miedo, dando sentido al ser del hombre en el mundo. Su función consiste en defender la vida individual y colectiva tanto de las amenazas externas a la sociedad como de las internas, a través de la orientación de la conducta y el modelado de las relaciones sociales. La cultura constituye un marco de referencia dentro del cual el individuo puede conocer las "reglas del juego". No se trata ya de buscar explicaciones ni de intentos de comprender el sustrato último de lo que acontece; se trata, sencillamente, de pactar una serie de comportamientos que posibiliten delimitar un espacio en el que establecer un orden que, a modo de espejismo, permita fingir control y estabilidad.

Pero, una vez más, esta estrategia resulta insuficiente, pues si bien por un lado proporciona seguridad, por otro se trata de un constructo frágil que depende de la voluntad de los desconocidos. Y, como tales, no se puede asegurar que su voluntad sea siempre bienintencionada. La cultura se basa en la presunción de que los demás individuos que componen la sociedad continuarán actuando como han hecho hasta el momento, pero ¿quién asegura que será así? En cualquier instante pueden cambiar de opinión y romper el pacto de "no agresión" que entraña la cultura. Así, continua latente "la existencia de la preocupación, el temor y el miedo de cada individuo a los demás como modalidad del ser sociable. Vivir juntos significa también y siempre temerse y defenderse unos de otros"<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> Popita, citado en Mongardini, 2007, p. 53

La cultura no asegura el control, en especial no asegura el control de esos otros desconocidos, terceras personas de las que nada se sabe y, por tanto, no se puede asegurar que mantendrán el pacto.

*El ser humano "nunca está obligado a actuar violentamente, pero siempre puede hacerlo; nunca está obligado a matar, pero siempre puede hacerlo". En consecuencia, los vínculos y los controles que impone la cultura nunca bastan ni para asegurar el pactum societatis ni para aplacar el miedo<sup>22</sup>.*

Y si decidiesen romperlo, ¿quién protegería a los ciudadanos de ellos? Para asegurar la perpetuación del pacto y su cumplimiento (y con él, la perpetuación de la seguridad) se hace necesario regularlo, establecer un sistema de control y sanción que disuada las tentaciones de su incumplimiento; es decir, para asegurar el cumplimiento del primer pacto se hace necesario un segundo pacto. Y así, para eludir la amenaza siempre presente del otro, los individuos se transforman en ciudadanos protegidos por el Estado.

Esta transformación se traduce en un sistema dual de inmunidad y exposición<sup>23</sup>. *Sistema de inmunidad*, pues brinda a los ciudadanos una serie de garantías que les protegen de las amenazas tanto del exterior como del interior de la sociedad. "La democracia, entendida como régimen general de la vida de los hombres", se erige como un

*sistema de inmunidad. Las personas, los cuerpos, las opiniones, ven como se establecen las condiciones de existencia y acceden a un estatus que los asegura y los garantiza [...]. Prácticamente, esto se manifiesta como la posibilidad (enunciada también en tanto que derecho) de existir (de moverse, de expresarse, etc.) sin ser "tocado"<sup>24</sup>.*

---

<sup>22</sup> Mongardini, 2007, p. 43

<sup>23</sup> Brosat, 2008, p. 8-19

<sup>24</sup> Íbid, p. 8

El derecho a no padecer, a no sufrir, se entiende como parte esencial de la condición democrática, de la cual el gobierno será su máximo garante, sea cual sea el precio que los ciudadanos han de pagar por ello, y sea cual sea el precio que los gobiernos hayan de cobrar por ello. Gobernados y gobernantes establecen un *pacto de dominio*<sup>25</sup> en el que los gobernantes, amparados en la legitimidad, constituyen una autoridad que, lejos de ser percibida como una realidad externa y amenazadora, se entiende como una figura organizativa de los intereses de los ciudadanos. Éstos, una vez cedido su espacio y capacidad de acción en pro de la garantía de la seguridad, se transforman en espectadores de la vida política y en fieles cumplidores de los designios de los gobernantes.

*Sistema de exposición*, tanto de los que se encuentran más allá de los límites del sistema político, como de los que, inmersos en él, lo socavan de alguna manera. En ambos casos los individuos se exponen a una vida sin garantías caracterizada por el abandono y la condición de no-ciudadanos, de no merecedores de la protección y los privilegios de los que gozan los ciudadanos inmunes, especialmente del derecho a no padecer. En relación a ellos el gobierno asume una función *biopolítica* carente de responsabilidad y cuya máxima característica es *dejar morir*, frente al *hacer vivir* que le vincula a los ciudadanos<sup>26</sup>.

Las garantías de seguridad de unos individuos no sólo se establecen frente a otros, sino también y fundamentalmente al precio de otros, de los parias, de los que están de más. La inmunidad se construye sobre la base del reconocimiento de ser merecedor de las garantías; la exposición lo hace sobre la base del no-merecedor de ellas. Lo que permite iniciar y mantener estos procesos son precisamente las diferencias entre los individuos ya que, si todos fuesen iguales, ¿cómo podríamos determinar quiénes son los merecedores? ¿qué referente podríamos utilizar? . Así, los procesos de inmunización y exposición se asientan sobre la diferencia y, en especial, sobre sus portadores.

---

<sup>25</sup> Mongardini, 2007, p. 70

<sup>26</sup> Ugarte, 2005, p. 47

## 4. La cara pública del miedo: los diferentes

Esta asignación se hace sobre la categorización de los otros en base a su capacidad para mantener el sistema de seguridad y estabilidad que garantiza la inmunidad o, por el contrario, su amenaza y desafío a tal sistema, abriendo la posibilidad a esa incertidumbre, incluso sufrimiento, temidos. Y en este intento de categorización surgen los extraños, los *inclasificables*, los que socavan la categorización del otro, la posibilidad misma de situar, controlar a los otros mediante su asignación a compartimentos estanco de los que no puedan salir para causar daño, los que constituyen una amenaza al orden establecido

*Sin embargo, algunos extraños no son sobre los que aún no se decide; son, en principio, indecibles. Son la premonición de ese 'tercer elemento', que no debería existir. Son los verdaderos híbridos, los monstruos –no sólo inclasificados, sino inclasificables. Ellos no sólo cuestionan la oposición que se da en el aquí y el ahora: cuestionan todas las oposiciones, el principio de la oposición como tal, la plausibilidad de la dicotomía que las oposiciones sugieren y la posibilidad de separación que demandan. Desenmascaran la frágil artificialidad de la división. Destruyen el mundo. Llevan al extremo la inconveniencia temporal de 'no saber cómo continuar' hasta conducir a una parálisis terminal. Por esto son 'tabuizados', desarmados, suprimidos, exiliados física o mentalmente –de lo contrario, el mundo podría perecer<sup>27</sup>. [Cursiva original]*

Los inclasificables son los diferentes en cualquier aspecto, los que se desvían de la normalidad, entendida como combinación de las dos acepciones, estadística y normativa<sup>28</sup>. El que no es o no hace lo que la mayoría es despojado de toda clasificación, salvo de una: la del bien y el mal. El extraño es considerado deshonroso o incluso malvado, quedando justificada la exclusión.

---

<sup>27</sup> Bauman, 2005, p. 91

<sup>28</sup> Nussbaum, 2006, p. 255

Los otros son ellos, las terceras personas, sobre los que se habla pero a los que no se apela de forma directa. Para resguardarse de su amenaza es necesario eliminarlos, excluirlos de un nosotros-vosotros, inmovilizándolos en su condición de otros<sup>29</sup>. Pero no basta con excluirlos de toda categoría, es necesario asegurar la perpetuación del resguardo de la normalidad.

La no-categoría se construye sobre la diferencia, entendida como debilidad. El objetivo es lograr que se avergüencen de sí mismos, que se pierdan el respeto hacia uno mismo que se requiere para poder presentarse ante los demás, para que recuerden en todo momento que son y siempre serán *ellos*, que nunca pasarán a formar parte del mundo. Y el recurso infalible es el estigma.

*El estigma parece ser el arma adecuada en la defensa contra la incómoda ambigüedad del extranjero. La esencia del estigma es destacar la diferencia; y una diferencia que, en principio, se encuentra más allá de todo remiendo y, por eso, justifica una exclusión permanente<sup>30</sup>. (Ibid)*

El estigma se centra en una característica, tanto física como de identidad, de un sujeto o grupo, a la que son reducidos. La reducción de una persona a un solo aspecto, y la consecuente negación de todo el entramado de características físicas, experiencias y concepciones que configuran la identidad, supone la objetivación del sujeto, negándole el aspecto humano al ser reducido a términos de "color y forma"<sup>31</sup>.

Ante la eliminación de la humanidad en el sujeto o grupo estigmatizado, y la sola visión del aspecto que precisamente se rechaza, en el grupo estigmatizador se generan sentimientos de repugnancia o rechazo<sup>32</sup>. Estos sentimientos se expanden con velocidad a todos los miembros del grupo, a través de discursos y prácticas que resaltan la amistad y la cercanía entre los "normales"<sup>33</sup>, y la distancia que les separa

---

<sup>29</sup> Bauman, 2005, p. 103

<sup>30</sup> Íbid.

<sup>31</sup> Margalit, 1997, p. 88

<sup>32</sup> Nussbaum, 2006, p. 110

<sup>33</sup> Bauman, 2005, p. 97

de los otros. Unos otros que son concebidos o bien como una amenaza (siendo en este caso la forma de relación del grupo estigmatizador con el estigmatizado el ataque y la defensa), o bien como seres desgraciados por reducirse a esas características de las que los normales se avergüenzan (en este caso, es el paternalismo la actitud predominante).

El grupo estigmatizador no sólo crea el estigma, sino que debe perpetuarlo, para asegurar con él la estabilidad del orden existente. Se sirve de la humillación para generar en los estigmatizados el sentimiento de vergüenza; a través de ella los sujetos pierden el respeto hacia sí mismos<sup>34</sup>. La pertenencia es un hecho importante en la construcción de la identidad, pues es la manera en la que las personas se presentan ante los demás; los sujetos que pertenecen a grupos excluidos asumen su identidad diferenciada, renunciando a considerarse dignos de pertenecer a la sociedad. Esta autoconcepción de los estigmatizados asegura que no reclamarán romper la exclusión. "Los actos humillantes se cometen con la intención de demostrar la propia superioridad sobre el otro"<sup>35</sup>, quedando establecida la jerarquía y delimitado el lugar que cada uno debe ocupar.

Así, sobre la base de las diferencias, realidad que se podría considerar concerniente al ámbito de lo natural (considerado este término en oposición a cultural), se construyen los diferentes, categoría ésta sí social. Éstos son una construcción resultante de un largo proceso de diferenciación que parte de la selección de ciertas diferencias (pues el espectro de diferencias entre los individuos va más allá de las clásicas diferenciaciones relativas a la capacidad intelectual o física, el estatus socioeconómico, el género o el color de la piel) y se sigue de un proceso de identificación de la parte con el todo. Esta construcción se finaliza con la comparación de estos sujetos, los portadores de la diferencia, en relación a los normales, categoría ésta también construida y que se traduce en "aceptado socialmente". Las mujeres son diferentes con respecto a los hombres; las "personas de color" son diferentes en relación a los "blancos"; las personas inmigrantes son diferentes con respecto a los nativos; las personas con discapacidad son diferentes de las personas capaces; las

---

<sup>34</sup> Margalit, 1997, pp. 51-53

<sup>35</sup> Íbid, p. 23

personas homosexuales son diferentes con respecto a los heterosexuales; las personas enfermas son diferentes en relación a los sanos; y un largo etcétera.

## 5. Entre lo propio y lo ajeno, entre la semejanza y la diferencia

*Estamos formados a retazos, y somos de contextura tan uniforme y diversa, que en cada momento cada pieza juega a su modo, habiendo tanta diferencia de nosotros a nosotros mismos, como de nosotros al prójimo<sup>36</sup>.*

La inquietud que despierta lo ajeno, lo desconocido y, con ello, sus portadores, tienta a rechazarlos o controlarlos. Los procesos de homogeneización, de eliminación de cualquier diferencia, son sin duda estrategias eficaces para la supresión del temor que producen. Pero también los procesos de exaltación de las diferencias sirven a este propósito. La focalización en los aspectos diferentes, desvinculados de los comunes, contribuye al extrañamiento de los otros, pues si lo desconocido produce en el individuo temor y rechazo, la sola percepción de los aspectos no compartidos hace de los otros seres absolutamente desconocidos y, por tanto, seres a los que temer y rechazar. La acentuación de las diferencias conlleva la eliminación de la otredad, siendo éste un proceso análogo a la asimilación de la otredad a través de la exageración del parecido.

Ambos, eliminación y asimilación de la otredad, entrañan un intento de control, de huida de lo desconocido; pero también de huida de lo común, de las semejanzas, de los lugares compartidos. Una vez iniciada, ésta se convierte en una huida constante, en una carrera sin resquicio para tomar aliento, porque toda huida del propio ser humano, de la fragilidad, la vulnerabilidad y el miedo, no encuentra nunca un fin. La racionalidad, la cultura, el sistema político, el estigma; el control, al fin, nunca es absoluto ni definitivo. Lo desconocido, lo ajeno, lo otro, lo inclasificable aflora

---

<sup>36</sup> Montaigne, 1984, citado en Saborit, 2006, p. 23

incansablemente, y se hace necesario entonces buscar e implementar nuevas medidas de control.

"Ajeno" y "propio" son, en realidad, expresiones de una misma categoría: una no puede ser eliminada sin que la otra quede afectada, vacía de significación. Expresiones aparentemente opuestas, pero tan íntimamente relacionadas que no se encuentran sólo en la relación con el otro, sino que en cada ser existe un lugar al que él mismo no puede llegar, de manera que todos portamos *un yo y un otro*<sup>37</sup>.

El matiz no se encuentra ya en el yo, como tampoco en el otro; no se encuentra en las semejanzas, como tampoco en las diferencias. El matiz emerge del entre. El reto de una sociedad verdaderamente plural y diversa radica en la combinación de las dimensiones tanto de mismidad como de alteridad que habitan en los individuos.

Esta combinación supone el aprendizaje de la incertidumbre, que entraña la aceptación de la eterna compañía del miedo, y el rechazo a intentar eliminarlo a través del extrañamiento de los otros. Afirmar el complejo entramado de emociones y sentimientos que la propia existencia y la relación con los otros supone, aceptar nuestra propia densidad. Reconocerse en la certeza, pero también en la duda; en la lógica y la incoherencia, en la afirmación y la negación, en el reconocimiento y también en el extrañamiento. Sólo la asunción de la complejidad y contradicción inherentes al ser humano puede llevar al reconocimiento del otro, también en toda su complejidad y contradicción.

## 6. Conclusiones

Las emociones desempeñan un papel relevante en la vida del ser humano. Si bien tradicionalmente se han asociado a los escenarios y las relaciones privados, lo que produce bienestar, lo que atemoriza, lo que desagrada, etc. desempeña un papel protagonista también en las decisiones y acciones políticas y cívicas que los sujetos llevan a cabo en el espacio público.

---

<sup>37</sup> Waldenfels, 1992, p. 21

Entre estas emociones el miedo tiene una característica vinculación con el espacio público como lugar de lo desconocido, en oposición al privado, que se asocia con lo propio. El miedo tiene su origen en la vulnerabilidad humana: el ser humano necesita un mecanismo de defensa frente a los peligros que pueden amenazar la continuidad (de la vida o del mundo tal y como se ha conocido hasta el momento) porque su existencia es frágil. Pero el miedo no es sólo un sistema de protección, sino la manifestación de esa vulnerabilidad, el recuerdo de que el ser humano puede ser herido. Dejar de sentir miedo es una ilusión inalcanzable, ya que supone luchar contra lo que hace al hombre eminentemente humano.

El desarrollo de la racionalidad ha hecho posible el enmascaramiento tanto de la vulnerabilidad como del miedo que de ella se deriva. Tras una larga historia de exposición, dependencia y entrega a las fuerzas naturales y sobrenaturales, el progresivo conocimiento del mundo hizo posible su control: éste ya no sería un lugar hostil y amenazante, sino un manantial de recursos a disposición del ser humano para hacer realidad cuanto se pudiese imaginar. Este desarrollo hizo también posible implementar medidas, entre ellas las culturales y políticas, para controlar las amenazas que se derivan de la presencia del otro.

El dominio de las fuerzas sobrenaturales y humanas ha configurado una nueva imagen del ser humano quien, lejos del temor que le había caracterizado siempre, se presenta ahora decidido, firme, confiado, autosuficiente. Pero lo cierto es que la lista de peligros que amenazan la vida humana es todavía hoy larga; no sólo eso, sino que a medida que se ha logrado dominar peligros nuevas amenazas han surgido y, con ellas, nuevos miedos.

Entre ellos ejerce un lugar destacado en las sociedades occidentales el miedo a perder la seguridad y la calidad de vida alcanzadas. Tras los sistemas democráticos actuales se esconde el paradigma inmunitario, en el que la máxima aspiración política es el mantenimiento de la seguridad alcanzada. Los gobiernos y los medios de comunicación, en pro de sus intereses, alimentan los temores individuales y colectivos de la ciudadanía, generándose una cultura del miedo en el que los protagonistas son los peligros y los mecanismos para aplacarlos.

En un clima de abuso del miedo, lo diferente aparece como desconocido, por lo que resulta amenazante. Los discursos y prácticas sociales, políticos y mediáticos que exaltan la diversidad (cultural, de género, de orientación sexual, de capacidad, etc.), lejos de contribuir al reconocimiento de las diferencias y su portadores, producen su extrañamiento. La reducción de los otros a una característica definitoria (la cultura, la religión, el género, la opción sexual, etc.) que además no se comparte con el resto de individuos, hace que los otros aparezcan como ajenos, seres de los que nada se sabe, extraños a los que temer y de los que protegerse. Así, la exaltación de las diferencias, al igual que su negación, constituye una estrategia de control y dominación de los otros y de las diferencias inherentes a cada individuo, en los que los individuos quedan encerrados en su condición de otros, de ajenos, de extraños.

---

## Notas

[1] Son destacables las clasificaciones elaboradas por S. Freud y Z. Bauman; se pueden consultar en Freud, S. *El malestar en la cultura* y Bauman, Z. *Miedo líquido*.

[2] Nada en el individuo puede separarse de forma nítida de las relaciones que establece, puesto que su influencia se da desde el momento mismo del nacimiento y hasta el fin de sus días. Como cualquier clasificación que pretende separar lo que de por sí está unido en la realidad, esta distinción ha de considerarse en el contexto y siempre de manera temporal.

[3] Si bien la distinción entre desastres naturales y artificiales, es decir, de influjo humano, no es tan clara. Para ampliar esta discusión, consultar Bauman, Z. *Miedo Líquido*.

[4] Se incluye aquí la opinión pública por su aceptación social; sin embargo, no puede hablarse de tal opinión como resultado de valoraciones individuales, sino más bien como resultado del influjo de los mensajes transmitidos a través de los medios de comunicación.

## 7. Bibliografía

- ASENSIO, J.M., ACARÍN, N. y ROMERO, C. (2006) Emociones, desarrollo humano relaciones educativas, en GARCÍA CARRASCO, J.; NÚÑEZ CUBERO, L.; LARROSA, J. [coords.] *La vida emocional. Las emociones y la formación de la identidad humana*, Ariel, Barcelona, pp. 21-41.
- BARRIO MAESTRE, J.M. (1995). Aspectos del inacabamiento humano. Observaciones desde la antropología de la educación, en *Revista Española de Pedagogía*, LIII (200), p. 75-103.
- BAUMAN, Z. (2005) *Modernidad y ambivalencia*, Anthropos, Barcelona.
- BAUMAN, Z. (2007) *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Paidós, Barcelona.
- BERNSTEIN, J. R. (2006) *El abuso del mal: la corrupción de la política y la religión desde el 11 de septiembre*, Katz, Madrid.
- BROSSAT, A. (2008) *La democracia inmunitaria*, Palidonia, Santiago de Chile.
- DARDER VIDAL, P.; BACH COBACHO, E. (2006). Aportaciones para pensar la teoría y la práctica educativas desde las emociones, en *Revista Interuniversitaria de Teoría de la Educación*, 18, p. 55-84.
- FREUD, S. (1999) *El malestar en la cultura*, Alianza, Madrid.
- FUREDI, F. (1998). *Culture of Fear: Risk-taking and the Morality of Low Expectation*. Washington: Cassell.
- GIL CALVO, E. (2003) *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*, Alianza, Madrid.

- MACINTYRE, A. (2001) *Animales racionales y dependientes: por qué los seres humanos necesitamos las virtudes*, Paidós, Barcelona.
- MARGALIT, A. (1997) *La sociedad decente*, Paidós, Barcelona.
- MONGARDINI, C. (2007) *Miedo y sociedad*, Alianza, Madrid.
- MONGIN, O. (1990) *El miedo al vacío. Ensayo sobre las pasiones democráticas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- NUSSBAUM, M. C. (2006) *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*, Katz, Buenos Aires.
- SABORIT, P. (2006) *Vidas adosadas. El miedo a los semejantes en la sociedad contemporánea*, Anagrama, Barcelona.
- SARTRE, J.P. (2005) El existencialismo es un humanismo, en GÓMEZ, C. (Ed) *Doce textos fundamentales de la Ética del siglo XX*, Alianza, Madrid, pp. 134-162.
- SEOANE, J. (2004) *Del sentido moral a la moral sentimental: el origen sentimental de la identidad y ciudadanía democrática*, Siglo Veintiuno, Madrid.
- STAËL, Madame de (2007) *De la influencia de las pasiones en la felicidad de los individuos y de las pasiones; Reflexiones sobre el suicidio*, Berenice, Córdoba.
- UGARTE, J. (2005) Las dos caras de la biopolítica, en UGARTE, J. (Comp.) *La administración de la vida*, Estudios biopolíticos, Barcelona, pp. 43-72.
- WALDENFELS, B. (1992) Respuesta a lo ajeno. Sobre la relación entre la cultura propia y la cultura ajena, *Revista de Filosofía*, Costa Rica, XXX (71), pp. 1-6.
- WALDENFELS, B. (1995) Lo propio y lo extraño, en *Escritos de Filosofía*, Buenos Aires, nº 27-28, pp. 149-162.
- YANN, M. (2004). *Vida de Pi*, Círculo de Lectores, Barcelona.